

calamidades

renee gladman



kriller71 ediciones / Colección Mula Plateada #18
<http://kriller71ediciones.com>
info@kriller71ediciones.com

coordinación aníbal cristobo
asesor editorial fruela fernández
asistente marina miravet cristobo

imagen de portada marina miravet cristobo
isbn 978-84-127399-5-4
depósito legal B 19184-2023

© renee gladman, 2023
© de la traducción, elisa díaz castelo y adalber salas hernández, 2023
© de esta edición, aníbal cristobo, 2023
Todos los derechos reservados.

Imprime Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Este libro está realizado con papeles certificados FSC®, elaborados a través de materia prima obtenida en bosques sostenibles, todas las empresas que intervienen en la transformación de la misma están debidamente registradas, cumpliendo con todas las normas de medio ambiente vigentes en la CEE



calamidades

renee gladman

traducción de elisa díaz castelo
y adalber salas hernández



Empecé el día con un grupo de personajes, que a veces eran personas en el mundo con nombres reales y trabajos que les permitían salir durante el verano; algunos de estos personajes escribían libros donde el mundo nunca se mencionaba, el mundo donde uno toma un bus o camina bajo la nieve a comprar huevos; parecía mejor que el lector no supiera los detalles. Leí un libro sobre una joven que sostiene una pila de papel sobre un cuerpo de agua; leí un libro donde llega una inundación y cubre un pueblo, y, aunque todo está mojado todas las personas están secas; leí muchos libros sobre gente sentada en cuartos. Y todos estaban escritos por autores que conocía. Quería que vinieran de visita, pero vivían por todas partes, en demasiados sitios. Quería café cuando lo había dejado, quería gluten todo el tiempo. En algún punto empecé a trabajar en el principio y el final de algo al mismo tiempo. Hacía mucho que no cubría cada una de mis bases. Leía un renglón de un libro, y un renglón de otro libro y ejecutaba pequeños actos en el medio: me senté durante intervalos en el baño, dormí de forma esporádica, comí col rizada y “comida para peces” y por un rato me llamé a mí misma “Renee”. Nadie me reconocía en el supermercado, pero ir ahí era mi gran evento. Conocía los libros de esta gente; conocía a esta gente y no les cambiaba los nombres, pero cuando aparecían en mis libros no eran realmente sus historias las que contaba, por lo tanto no necesitaban que los protegiera y podía decir “Danielle, Danielle” todo el santo día. Podía decir, “Danielle” y no molestar a la Danielle sentada a mi lado leyendo *Animales arquitectos*; pues podría estar diciendo “Danielle había tenido cierto cuerpo” o “Danielle avanzaba meneándose por el piso” y la Danielle sentada a mi lado seguiría leyendo su libro. Podía decir “Lisa”, quien había escrito un libro que amaba, pero también referirme a “Barbara”, quien

también había escrito un libro que amaba, pero decir “Lisa” solo por el sonido que quería hacer, o simplemente para ser anacrónica. Continué llenando mis días con cuantos escritores pude encontrar y a veces intentaba decir sus nombres o los nombres de sus libros o sólo los nombres de las ciudades donde estaban o sólo el nombre de un color o un objeto que asociaba con ellos, aunque no fuera su historia la que yo contaba. Ya que no era su historia, a veces me detenía a media idea y dejaba que ellos me atravesaran, y no la retomaba hasta que se fueran, o la retomaba cuando un rastro de ellos seguía ahí.

Empecé el día dando una clase magistral a un grupo de estudiantes universitarios. Dije “—” e hice cierto gesto con la mano. “¿Cómo sabes?”, preguntaron ellos mostrando un poco de desdén. Bueno, estaba tratando de decir, “Está bien pensar”, pero quizá lo que ellos escucharon fue “Ustedes no piensan” o “Ustedes no están pensando”. Hice el gesto de “Volvamos a empezar” con las cejas y volvió la calma. Empecé de nuevo desde el principio, “En cualquier caso, uno puede ver la ciudad...” me interrumpieron antes de encontrarle un reemplazo a la palabra errante. Se trataba de estudiantes conservadores. “¡Quería decir: *la frase!*” grité sobre su clamor. Mientras se iban callando, uno de ellos murmuró, “Tú no piensas” pero no planeaba ser escuchado. Dijo, “¿Pienso que no piensas?”, a modo de corrección. Intentábamos llegar al meollo del asunto. Yo dije, desde el frente de la clase, “Esto es muy bueno” y sonreí con grandiosidad, con tanto amor derramándose por mis mejillas que temí que Alex Peters, sentado en primera fila, pudiera explotar de tristeza. Todos los demás también se pusieron tristes. Pero estábamos acercándonos a algo que quizá era nuevo para todos. Una chica levantó la mano. No recuerdo quién. Dijo, “Podrían no gustarnos tus preguntas”, pero lo dijo mientras sonreía y con la mano todavía levantada. Tuve que seguir con mi clase: “Cuando das vueltas en tu mente, llegas a algún lugar, abres algo, haces algún gesto”. Me detuve. Mis notas estaban entre comillas. Casi había terminado.

Empecé el día habiéndome dado a la tarea de compilar una lista. Quería ver si podía rastrear todos los problemas —pequeños y grandes— a los que me había enfrentado en mi carrera más bien larga como escritora. Pero no me refería a esos problemas necios como el bloqueo del escritor o cualquier otro problema igualmente frustrante relacionado con el valor propio (sentir demasiado o no lo suficiente). Más bien quería documentar las preguntas que me *llevaron* a la escritura, la escritura tal y como la estaba llevando a cabo en ese momento. Tuve que dejar de lado la lapicera. De pronto, me inundaron sensaciones de una naturaleza sexual. No sabía de dónde venían. Como acabo de decir, mi mente estaba, en ese momento, concentrada en temas académicos —lo que pretendía escribir y lo que de hecho había escrito— y solía abordar esos temas con disciplina: era una escritora seria; no había nada inherentemente sensual en el acto de escribir (dedos pulsando teclas). Así que cuando sentí, de la nada, la palma de su mano contra mi espalda tuve que dejar a un lado la lapicera. “¿Qué estás haciendo?”, le pregunté a un cuarto vacío y ardiente.

Empecé el día pensando que, para poder escribir una conferencia sobre “La historia que continúa” necesitaría incorporarla en estos ensayos que había estado escribiendo sobre mi vida. Empecé: “Empecé el día mirando frente a frente al problema de la narrativa: ¿todavía había alguien interesado en ella? Y, si era así, ¿por qué?”. Era una pregunta fácil de hacer pero me había tomado ocho días escribirla. Pensaría que es imposible construir una oración de dos en dos palabras, escribir dos palabras y tomarte el resto del día libre y al día siguiente escribir otras dos palabras más, manteniendo el hilo todo el tiempo hasta que, por fin, en el octavo día, la conseguías, la frase, pero esto a veces pasaba cuando escribías sobre la narrativa dentro de una narración. Hace poco, me di cuenta de que hablar sobre algo que era esencialmente todo resultaba demasiado extenuante, y que la única manera de darle la vuelta era hablar sobre el problema que planteaba la cosa en lugar de la cosa en sí misma, puesto que, al final, se convertiría en ambas. “La narrativa...” continué diciendo en mi charla, “¿Había alguien todavía interesado? No quería mirar esto a la cara. No había querido pensar sobre la narrativa y al mismo tiempo estar consciente de mi cuerpo en el mundo de los objetos. Se trataba de un problema espacial parecido al que discutíamos ayer Martha y yo: ¿Era posible decir que algo estaba formándose por fuera de una cosa con la intención de encontrarse con algo más cuando ese algo más era el espacio más grande en el cual la primera cosa existía? ¿Podía hablar de la narrativa mientras operaba dentro de ella? Cerré las comillas en torno al texto para mi charla y tomé el tren a Nueva York. Quería rodearme de otras personas que estuvieran pensando sobre la narrativa y preguntándose si estaban a favor o en contra de ella. Alguien tenía un evento esa noche y me pareció apropiado

para el ensayo que yo narrara los eventos del evento antes de que de hecho sucedieran. Pero no para el ensayo dentro del cual estaba escribiendo la conferencia, sino más bien para el ensayo externo en el que me sentía tan aislada y necesitaba viajar durante tres punto cinco horas para estar entre la gente. Cuando abrí comillas de nuevo para la conferencia estaba pensando: no hablábamos solamente de la narrativa sino de la narrativa en relación con el tiempo poético, que no era el tiempo del mundo de los objetos donde estaba, sino que *era* el tiempo del ensayo hacia el cual yo intentaba *dirigir* el mundo de los objetos. Todavía no había descifrado qué haría ahí, una vez que el mundo de los objetos llegara (podrás notar la complicación que estaba descubriendo puesto que yo ya estaba ahí, en el mundo de los objetos). Esto me devolvió a una conversación que estaba teniendo en otra parte. Había argumentado que el problema del tiempo poético era un componente de la ficción, pero ahora me daba cuenta: la ficción no podía ocuparse de problemas del tiempo. Si había un problema dentro de una narración —un problema de cualquier naturaleza excepto de aquello que sucede dentro de la trama— entonces la cosa se hincharía y pequeños agujeros se formarían sobre su superficie y las zonas hinchadas se volverían grandes como montañas mientras que los agujeros se llenarían de agua, convirtiéndose en valles atravesados por ríos y pronto estaríamos tan lejos de la superficie del agua que reconoceríamos la imagen de las montañas y los valles como parte de un mapa geológico y nos reconoceríamos parados en un mundo de objetos mucho más grande que el mundo de objetos en el cual estábamos al inicio de este ensayo. Cerré las comillas cuando toqué fondo. Tendría que abrir los ojos si quería comprender del todo dónde estaba y con quién, si es que estaba con alguien. Las figuras que se formaban en la luz, dirigidas hacia mis párpados cerrados (a un lado del sol o de la lámpara que había olvidado apagar antes de quedarme dormida la noche anterior o a un lado de la conferencia

que estaba viviendo en lugar de escribiendo), no se volverían más diáfanas mientras continuara no-viendo de este modo, pensé mientras cerraba las comillas de *esta* narrativa. No quería, en medio de todo este asunto, volverme *anti-narrativa*. Después del evento en Nueva York, que estaba planeado para celebrar la aparición de algo muy esperado, me decepcionó encontrar que había más gente anti-narrativa que narrativa. Alguien me pidió mi teléfono en lugar de darme el suyo —esto fue anti-narrativo. Pasamos horas en un restaurante llamado Medio Rey y nos dieron la cuenta incorrecta que, una vez corregida, resultó ser más barata que la correcta. Esto fue anti-narrativo. Quienes quedamos parados alrededor de la mesa, esperando que hubiera suficiente dinero para pagar la cuenta, pensábamos anti-narrativamente sobre la gente que había evitado esta tortura yéndose temprano y dejándonos su contribución. Cuando nos dimos cuenta de que había dinero suficiente, incluso demasiado, pensamos de forma anti-narrativa sobre nuestro ataque anti-narrativo previo en contra de aquellos otros. Quería volver nuestra vida hacia lo narrativo así que sugerí volver en metro. No logramos llegar a un acuerdo, pero de cualquier modo nos fuimos todos caminando. Por alguna razón sólo las personas negras que habíamos asistido permanecíamos en nuestro grupo. Caminamos por la calle 23 y yo llamé a una persona y conté el número de personas negras que estaban conmigo. Conté siete, narrativamente. Esto era sorprendente, pero no le dije a las otras personas negras lo que estaba pensando, sólo a esa persona. Esto fue anti-narrativo. Pero claramente estaba contenta, puesto que esta configuración de la negritud no me sucedía en la pequeña ciudad blanca de la que había huido, lo cual era por tanto narrativo. Pero dentro de eso, un momento anti-narrativo, cuando tuve que recordarme que no era la pequeña ciudad la que era blanca sino más bien el barrio donde había elegido vivir. Imagínense mi sorpresa cuando me di cuenta de que era posible ser a la vez narrativa y anti-narrativa,

lo cual era como estar un poco desbordada en una multitud. Volví otra vez sobre el problema del tiempo o, más bien, del espacio en el tiempo (era difícil de entender). ¿Cómo podría escapar de esta multitud, pero sólo hasta salir de ella? ¿Sería posible dejarle mi nombre a alguien? Cerré el ensayo interior para examinar el exterior. Quería encontrar una palabra o una frase que probara que había un ensayo todavía más grande más afuera de este. Cerré las comillas acostada en la cama con los ojos cerrados y abrí los ojos, mirando literalmente a la cara al problema de la narrativa, que era el vacío en mi departamento y el largo tramo del día que me esperaba.

Empecé el día habiendo recién pronunciado las palabras “No pienso perder la cabeza por el agua mineral con un toque de alcohol” y enojándome con mi resolución. Era como si supiera de forma indiscutible que nunca perdería la cabeza “por el agua mineral con alcohol” o con cualquier otra sustancia que amenazara con aquello que en ese sueño constituía lo opuesto a “perder la cabeza” —sabía esto, pero parecía necesario reafirmar mi postura de cualquier modo. Estaba enojada y pensé que debía limitarme al café descafeinado, que tuvo que ser recuperado de las profundidades de la alacena. Había sido una semana de comprar café de todos los continentes, menos del que es muy pequeño. Poco tiempo después comprendí que, de alguna manera, había perdido la cabeza por el descafeinado, aunque el descafeinado estaba expresamente diseñado para evitar tal cosa. Qué confuso encontrarse a una misma temblando al llevarse a los labios una gran taza de descafeinado. Qué ridículo.

Empecé el día en la reunión de la facultad, aunque llegué tarde y recién entraba al salón. No sabía cómo había llegado ahí. Las puertas estaban cerradas —por eso supe que era tarde— y, para colmo, cerradas con llave cuando intenté abrirlas sigilosamente. Sin embargo, después de tocar, escuché al director decir mi nombre y pensé que por lo menos me esperaban. Un miembro importante abrió la puerta y pensó que era un buen momento para gastarme una broma, diciendo no puedes entrar aquí, aunque yo recién había escuchado mi nombre. No me pareció gracioso, con frecuencia no puedo asistir a las reuniones pues mi falta de antigüedad en la institución significaba que no podía. Pero todo el mundo se rió y me dio una bienvenida formal. Las reuniones de la facultad son raras; siempre hay alguien cuyo rango no entiendes, alguien que parecía sólo un profesor visitante o un becario que ahora se sienta con la espalda muy recta y sostiene un anotador. Sí, de hecho, parecía que ciertas personas en la sala habían estado en otra reunión justo antes, una junta pre-reunión, por decirlo de algún modo, y está persona recién importante había estado entre los asistentes. Algunas personas comían pastel. Algunas personas estaban sordas y no podrían esperar para salir de la sala y volver a las vibraciones de su música. Algunas personas estaban de visita sólo durante ese día, ansiosos por subirse al avión y largarse. Algunas personas no estaban ahí y se convirtieron muy pronto en el tema de la conversación. Algunas personas decían que siempre estaban ahí aunque esto era claramente falso para todos en el cuarto excepto para esas personas. No dijimos nada, creo, gracias al pastel y de pronto el clima se había puesto hermoso y todos lo sentimos. Pero la agenda nos obligó a quedarnos ahí sentados y muy pronto nos olvidamos del sol. Hablábamos del tema sobre el que estaba en

desacuerdo con la mayoría y esto hacía que el tiempo pasara y todo el mundo se llenó. Uno no puede tomar así por asalto las cosas, decía alguien, pero uno tampoco se podía perdonar la infracción. Me acurruqué en un rincón. Y el anotador resonó. Estaba claro que algunos de nosotros seguiríamos haciendo estragos tras bastidores y el director escribiría el memo. La junta había terminado. Acordamos en que acordar significaba irse del salón, así que acordamos y en alguna columna esto era importante.

Empecé el día en un tren Amtrak que iba marcha atrás. Nueva Inglaterra se había inundado (de nuevo) y se volvió imposible pasar: nos tenía avanzando luego retrocediendo luego avanzando luego deteniéndonos y repitiendo estos movimientos hasta que, por fin, logramos alinearnos correctamente y los pasajeros pudimos bajar del tren. Este lugar oscuro era New Haven y la plataforma estaba repleta de viajeros de Connecticut apurados para llegar a casa bajo la llovizna, en este mes de mayo, que todos esperábamos sería caliente en esta parte del país, cuando lo que tocó en lugar de eso fue una sensación húmeda y perpetuamente fría en el aire. Sonó una voz. Aparentemente las vías estaban inundadas. Necesitábamos quedarnos aquí. No, necesitábamos bajarnos del tren y esperar a los autobuses en la estación. No, la estación estaba demasiado llena y debíamos permanecer en el tren. No, la mitad en la estación, la mitad en el tren. No, finalmente se decidió: todos en el tren. Los pasajeros estaban cansados e intentaron meterse todos al vagón cafetería al mismo tiempo. La voz volvió para decirnos que el vagón cafetería estaba cerrado. Estábamos en un aprieto. No me había movido. No me había dado sed. Había que resolver unos dilemas matemáticos: Nueva Inglaterra se estaba convirtiendo en el noroeste del Pacífico. Para ser más específica, el noroeste del Atlántico se estaba convirtiendo en el noroeste del Pacífico, y a gran velocidad. Primero, tenía que resolver qué sucedería con el noroeste del Pacífico una vez que nosotros nos hubiéramos convertido en él. No era posible que la parte norte de ambas costas tuviera sistemas climáticos gemelos. No tenía ninguna lógica. Entonces, si nosotros nos convertíamos en el noroeste del Pacífico, entonces el noroeste del Pacífico tendría que atravesar su propia transformación. Obviamente, el noroeste del Pacífico no se

convertiría en lo que alguna vez fue el noreste del Atlántico, porque podríamos habernos quedado donde estábamos, si eso fuera posible. No, sería algo más en la línea de la declinación, algo que es menos de lo que fue, y por esto estaba haciendo cuentas y no prestándole mucha atención a la voz del conductor que era, en todo caso, fuerte y oriunda de Nueva Inglaterra. Tienes que entender el tamaño gigantesco del problema. No sólo lo que alguna vez fue el noreste del Atlántico era ahora el noroeste del Pacífico, sino que el medio ambiente —las personas, como se hacían llamar, las estructuras que construían— tendría que cambiar también. No podías ser el noroeste del Pacífico y portarte como si fueras el viejo noreste del Atlántico, lo cual técnicamente seguías siendo en lo que se refiere a la geografía (aunque, pronto, el nuevo clima volvería tu paisaje irreconocible). Entonces, ¿qué pasaría con la personalidad de la gente de Nueva Inglaterra? Esto es lo que intentaba descifrar. No era tan buena por el momento. Era estrecha, encerrada, como invierno pero todo el año. Así, intentaba entender qué pasaba con una mala personalidad cuando las condiciones en las cuales vivía se volvían peores, y no podía evitar preguntarme por qué el viejo noreste del Atlántico no era siempre el nuevo noroeste del Pacífico, considerando cómo se comportaba la gente. Digo, ya de por sí actuaban como si sólo existiera la lluvia.

Empecé el día pidiéndoles a los individuos de este grupo de mis ex-amantes que mapearan un problema de espacio, pero no el problema que involucraba la ansiedad de si podían o no dibujar, ni aquel que planteaba cómo era posible traducir “problemas” en líneas, más bien me refería a problemas verdaderos, en los cuales debías pensar sobre dónde estabas en un espacio definido y por qué estabas ahí. Nos desviamos del tema. Alguien de nuestro grupo insistía en que el “punto” debía ser el medio empleado para expresarnos (“no la línea”), dado que el punto era la base de toda comunicación. A pesar de sentirme compelida a estar de acuerdo con ella —el punto sin duda ocupaba menos espacio que la línea y parecía ser el gesto original de todo movimiento— tuve que contraargumentar que, si bien el punto puede ser la base de toda comunicación, no podría funcionar *como* la base, porque la mayor parte de la gente no empieza a ver puntos hasta que estos se convierten en líneas. Estábamos en un picnic en el parque, en una pequeña colina, con nuestros cuerpos dispuestos sobre una manta de los años setenta, decorada con una línea roja como la sangre. Era una época del verano en la que Brooklyn se había convertido en un destino cotidiano para mí, y yo estaba por cumplir cuarenta. Estaba por cumplir cuarenta, así que sentía que mis ideas eran muy potentes. Me encontraba saliendo de una época y al mismo tiempo entraba en una nueva, lo cual no siempre sucedía así, a veces algo grande terminaba y absolutamente nada venía después, durante mucho, mucho tiempo, salvo que tal vez porque engordabas o tu perro querido se moría, pero cuando se trataba de pasar de los treinta y nueve a los cuarenta... bueno, era una de esas cosas en las que todo el mundo terminaba tus frases por ti. Decías algo como, “El lunes cumpla cuarenta años” y las personas, sin importar el

grado de intimidad que tuvieran contigo, comenzaban a echarte un cuento sobre ellos o sobre un extraño o sobre ti misma. Y sí, sus cuentos sí se aproximaban a lo que habías estado pensando las últimas semanas, pero, ¿por qué no dejaban que tú los contaras? Era imposible cuando se trataba de un pequeño picnic y estabas entre tu gente más querida y una de ellas no estaba ni cerca de los cuarenta y otro estaba bien entrado en su cuarta década y la última sólo estaba ahí rezagada unos años detrás tuyo, y cada vez que querías decir algo serio sobre estas épocas de las que salías y entrabas te interrumpían con el nombre de Chana Morgenstern, porque nadie ahí sabía si se trataba de una persona real o un nombre en código que usaba alguien ausente a quien ya no le caías bien. Así que dejaste que todos los demás te hablaran sobre cumplir cuarenta mientras el sauvignon blanc hacía su magia en la mochila térmica e increíblemente sabía a toronja. Nunca volverás a tener cuarenta años, te dijo alguien con ingenio.